

Sintonía gruesa

Economía y política en la transición de 2015. ¿Agotamiento del modo de acumulación? ¿Fin de ciclo kirchnerista?

El 22 de noviembre de 2011, Cristina Fernández de Kirchner fue la última oradora de la 17ª Conferencia Industrial organizada por la UIA en el hotel Hilton de Puerto Madero. Un mes antes, había sido reelecta presidenta con el apoyo del 54 por ciento del electorado. Había arrasado en todas las provincias, se había impuesto en los centros urbanos más importantes –con la no llamativa excepción de Rosario–, y había tenido un efecto arrastre que luego permitió que el Gobierno Nacional recuperara el control de la cámara baja y dominara el panorama federal en la suma de gobernaciones propias y aliadas. Es decir que esa tarde, al momento de dirigirse a la plana mayor del empresariado, CFK y el movimiento político encolumnado detrás de su figura se encontraban en la cúspide de su popularidad y acumulación de poder –al menos, en términos institucionales.

Las crónicas del evento presentan esperables sesgos según el medio que se consulte. No obstante, todas coinciden en destacar el enorme beneplácito con que fue recibida la negativa oficial a acompañar el proyecto de ley presentado por la CGT para regular la distribución de las ganancias empresarias entre los trabajadores –que el propio gobierno había respaldado un año atrás–, y el *sosegate* dirigido al líder de la central obrera con motivo de conflictos que calificó como “intrasindicales”. Asimismo, la presidenta reclamó (sobre todo al capital extranjero) una mayor reinversión de utilidades, criticó la excesiva remisión de dividendos al exterior –aunque en ese momento descartó poner límites al giro de ganancias–, y defendió la política de administración cambiaria, en comparación a la del resto de las economías de la región. Todo quedó encuadrado en una delimitación del “modelo” que, según

sostuvo, “es de crecimiento, trabajo e inclusión, y no de metas de inflación, que es el método del Consenso de Washington”. Por lo tanto, se debía ganar competitividad, pero “con inclusión social”.

Aunque todavía no había reasumido formalmente el cargo, aquel discurso inauguró la segunda presidencia de CFK y, sobre todo, trazó el rumbo en lo sucesivo. “Entramos en la etapa de la sintonía fina. Tenemos que comenzar a analizar los grandes temas: inversión, salarios, inflación, subsidios y utilidades”. Aunque no dio más precisiones, lo cierto es que el reconocimiento de esta necesidad llegó al cabo de cuatro años durante los cuales los desequilibrios del modo de acumulación habían minado las fuentes de su propia vitalidad, e, inclusive, habían empujado al Gobierno Nacional al enfrentamiento con diversas fracciones y grupos de la burguesía –a través de medidas tales como la resolución 125, la reestatización de las AFJP, la utilización de reservas del BCRA para el pago de deuda. Como en el enigma de la esfinge, inmediatamente después de su arrollador triunfo electoral, el kirchnerismo creyó que había comenzado a andar sobre dos pies, y hasta convirtió en consigna el famoso “vamos por todo”. La realidad, en cambio, indica que ya había comenzado a movilizarse con bastón.

En el marco de una reflexión general sobre los límites del modo de acumulación y sus posibles vías de superación, los aportes que integran el presente dossier de **Batalla de Ideas** coinciden en marcar (algunas de) estas tensiones –aunque con diferencias de apreciación–, y las ubican temporalmente entre 2007/2009. A partir de esos años se observa una apreciación real del peso ocasionada por la inflación, que corroe la competitividad externa de los sectores exportadores y, a nivel local, la de los orientados al mercado interno. De esta manera, el peso revaluado erosiona el superávit comercial, que también se ve tensionado por un comportamiento marcadamente procíclico de las importaciones –de bienes de capital, bienes intermedios, piezas y accesorios, y combustibles–, que marca los infranqueables límites de un modo de acumulación erigido sobre los fundamentos establecidos en la década de 1990. Así las cosas, una resolución por la vía devaluatoria no haría más que incrementar las presiones inflacionarias.

Puertas adentro, también deben considerarse el déficit por cuenta corriente asociado al pago de vencimientos de deuda externa, y la re-

ducción del superávit fiscal por las crecientes erogaciones destinadas a subsidiar empresas y congelar precios y tarifas de servicios. Mientras que en el otro frente, una probable agudización de la crisis internacional con impacto más decidido sobre China y Brasil, pondría en entredicho condiciones externas que posibilitaron la expansión económica de la última década, y colocaría a la Argentina en una posición mucho más compleja que la del *crash* de 2008/2009. Recordemos que en ese momento no mermó la demanda de exportaciones nacionales, y a nivel interno existían una menor apreciación del peso y capacidad de financiamiento como para expandir contracíclicamente el gasto público.

Estas coincidencias en la periodización de etapas y en cuanto a los principales desequilibrios del modo de acumulación son tributarias, no obstante, de diferentes caracterizaciones (y conceptualizaciones). Veamos algunas de ellas.

Martín Schorr define al período como de “crecimiento pero no de desarrollo”, y apunta que se ha sostenido en una ruptura importante con la convertibilidad, a partir de un desplazamiento de la acumulación de capital de la preeminencia de lo financiero hacia lo productivo, basado en el procesamiento y la exportación de recursos naturales. El mantenimiento de este perfil de especialización –heredado de los ‘90– y la falta de cambios estructurales en el sector industrial, han generado limitaciones relacionadas a la distribución del ingreso, y una creciente restricción externa que se autorrefuerza al sobredeterminar las decisiones de política productiva en un sentido coyuntural, y no a mediano y largo plazo.

Por su parte, Juan Grigera desarrolla un enfoque crítico con respecto a lo que denomina la *utopía industrialista*. En primer término, porque se confunde la naturaleza del proceso de desindustrialización posterior a 1976 en Argentina, que tiene rasgos comunes al de todas las economías nacionales en el capitalismo contemporáneo. Y, en segundo lugar, porque se caracteriza a este proceso –sobre todo en los ‘90– como una destrucción sistemática del sector manufacturero. De esta manera, se victimiza a fracciones de la burguesía que en realidad operaron en el marco de un programa de unidad clasista, y se ocultan complejidades de aquella reestructuración industrial que en la posconvertibilidad revelan importantes continuidades con el período previo a 2001, y expli-

can las insuperables limitaciones del modo de acumulación.

En cambio, Mariano Félix apela al concepto de “neodesarrollismo” para caracterizar un modelo de acumulación que se sostiene estructuralmente en la superexplotación (de matriz neoextractivista) de la naturaleza y de la fuerza de trabajo. Desde la perspectiva del autor, el año 2009 parece marcar el comienzo de una crisis transicional en la que se agotan las condiciones que favorecieron la consolidación del kirchnerismo como forma inicial del proyecto neodesarrollista. No obstante, sostiene que esto no supone una crisis del proyecto hegemónico de las clases dominantes, cuya base estructural no pierde dinamismo en la valorización y acumulación de capital, que podría ampliarse mediante un crecimiento exportador de las ramas industriales vinculadas al extractivismo y una mayor explotación de la fuerza de trabajo –aunque con una merma de las condiciones que le dieron legitimidad social.

La cuestión del “extractivismo” –que para otros autores que no participan del presente dossier es el dinamizador más importante del modo de acumulación– abre otro campo de discusión. En primer lugar, porque la configuración actual del complejo sojero tensiona los alcances del concepto, tradicionalmente restringido a actividades como la minería y la explotación de hidrocarburos. Basados en estudios sobre la utilización y no reposición de nutrientes del suelo, y la consecuente desertificación, en los últimos años ganó consenso en el pensamiento crítico –mas no unanimidad– la posición de que el agronegocio debe considerarse una actividad extractiva más. Lógicamente, la adopción de esta perspectiva supone otra lectura sobre la importante gravitación de la soja y de sus manufacturas asociadas en la estructura productiva y la matriz exportadora del país.

Más en general, e independientemente de la posición que se adopte en el debate anterior, el tema abre otro interrogante. Si, como asumimos, la hegemonía de las clases dominantes no depende únicamente de dispositivos y ordenamientos macrosociales, sino también de otros de menor escala ejecutados a niveles subnacionales como gobernaciones provinciales e intendencias; y si la mayoría de éstas, dada su baja diversificación productiva y la actual configuración del régimen federal, encuentran en las actividades extractivas el sustrato objetivo para el ejercicio del poder, ¿no deberíamos sopesar más detenidamente la

importancia *política* de la minería, los hidrocarburos (y eventualmente la soja) en la reproducción del modo de acumulación, aun cuando su posición económica relativa no fuese la más gravitante?

Un modo de acumulación de capital no se define simplemente por una supuesta dinámica objetiva de variables económicas. “Acumulación”, “Estado”, “lucha de clases”, etcétera, son momentos de la reproducción de una totalidad orgánica, anclada en una relación social de explotación y dominación. Este entrelazamiento implica, entonces, que la condición de posibilidad histórica (o de inviabilidad) de cualquier modo de acumulación es una correlación de fuerzas determinada entre clases y fracciones de clase.

El kirchnerismo, como proyecto histórico de reconstitución del capitalismo en Argentina, transparentó esta unidad entre economía y política. Mientras tuvo margen para mantener las piezas unidas, pudo arbitrar entre fracciones de clase y encausar el conflicto social con mejoras relativas en las condiciones de existencia de las clases subalternas, que fueron determinantes para su construcción de hegemonía. Constituyó, en este sentido, un enigma de difícil resolución para las organizaciones populares en general y para la izquierda en particular. Sin embargo, no fue necesario mucho para que los estrechos límites del modo de acumulación transformaran esta fuente de vitalidad en una contradicción abierta.

En efecto, la fuerte recuperación del empleo posterior a 2003 condujo a una recomposición de la capacidad organizativa de los trabajadores, a incrementos en los salarios reales hasta 2007 –aunque con resultados heterogéneos por sector y desde un piso históricamente bajo–, y a negociaciones paritarias que, desde entonces, han tendido a superar los límites inicialmente planteados por el gobierno nacional. Esta puja distributiva entre capital y trabajo como expresión de la lucha de clases, es uno de los factores que, entre otros, explica la inflación y se suma a las tensiones señaladas más arriba.

Dos años después, y a través de las urnas, la política volvió evidente lo que la crítica ya hacía presumible. No es posible conciliar estímulos a la inversión que apuntalen la productividad y el crecimiento, con aumentos de salarios; una reducción de la inflación que conviva con un

tipo de cambio alto que ayude a recomponer los números de la balanza comercial; un ajuste del gasto público que dé margen para evitar el financiamiento externo, con transferencias de recursos a los sectores populares. En suma, en las condiciones actuales del capitalismo –y mucho menos en sus variantes periféricas– no existe fórmula alquímica capaz de combinar “competitividad” con “inclusión social”. La “sintonía fina” anunciada el 22 de noviembre de 2011 se revela así como una quimera.

Todo parece indicar que, con o sin su bendición, en 2015 CFK colocará la banda presidencial a una de las opciones de relevo por derecha que asoman al interior del PJ. Estas son, desde la perspectiva de las clases dominantes, las indicadas para conducir la dinámica del modo de acumulación sobre las tensiones antes descritas. Los meses inmediatamente posteriores a las elecciones de octubre de 2013, marcarán qué nivel de ajuste está en condiciones de procesar el kirchnerismo y, por lo tanto, cuál será la herencia de cara a la transición. No todas le serán pálidas en este sentido. Salvo una catástrofe difícil de vislumbrar, ya tiene ganado el mérito de ser el primer gobierno desde 1983 que, una vez agotado su ciclo, entrega un país con cuentas relativamente ordenadas y una situación social infinitamente más contenida que en 1989, 1999 o 2001/2003. Habrá que ver cómo utiliza CFK esta carta, de segura impronta en la memoria colectiva, cuando sea ella quien deba jugar a “la opo”.

En octubre, el termómetro del sufragio universal estuvo muy lejos de marcar el *punto de ebullición*, aunque sí reveló la existencia de capas de la población que –en principio– rechazan la salida conservadora, y, por el contrario, se muestran permeables a una programática de izquierda. Sin embargo, en un clima político que se avizora turbulento, y que es en general volátil, cualquier paso en falso puede hacer que esos apoyos se desmigajen como yesca echada a perder. De esta manera, se abren tiempos de enormes desafíos, en los que las organizaciones populares deberán ser capaces de traducir aquellos núcleos de buen sentido en trabajo de base, en praxis política emancipatoria y, en la medida de lo posible, en nuevos niveles de articulación y síntesis.

Equipo editorial de Batalla de Ideas